

## 056. La Sierva del Señor

¡He aquí la esclava del Señor! Así se llamó a Sí misma la Virgen, ¡y nada!, que a pesar de ser la Reina de Cielo y Tierra, la Soberana de los Angeles y de los hombres, se ha quedado con el nombre que Ella misma se dio: la Sierva del Señor, su criadita, la empleada doméstica de su casa que es la Iglesia.

Porque María no es la servidora solamente del Salvador en su Persona divina, sino que es la primera que atiende solícita las necesidades de todos los que Jesucristo moribundo confió a sus cuidados.

El Papa, desde los tiempos de San Gregorio el Grande, se llama *Siervo de los siervos de Dios*, pero estoy seguro que la Virgen se lo dice a Sí misma con más convicción que todos los Papas juntos: *¿Yo? La Sierva de los siervos de Dios...*

Bueno, hoy vamos a mirar a María así: como la *Sierva del Señor*. ¿Qué entraña este título?

Si queremos entender el significado pleno de este nombre, hemos de ir primero a Jesús. El Salvador se presenta ante Dios su Padre como el Siervo de Yavé, como quien viene dispuesto a obedecer, a cumplir la voluntad de Dios en todo, llegando al sacrificio total de Sí mismo en la cruz. Sus palabras, al entrar en el mundo, son las del siervo más humilde: ¡Aquí estoy, para hacer tu voluntad!

María, llevada desde el primer momento de la mano por el Espíritu Santo —el cual, sin embargo, la deja libre en todas sus decisiones— dice exactamente lo mismo. Conocida la misión que el Señor le quiere confiar, le responde al Angel enviado por el Cielo: *Aquí está la sierva del Señor: que se cumpla en mí su voluntad*. Leemos el Evangelio, y vemos a María siempre fiel a esta su palabra. Le costará grandes sacrificios, pero María estará al lado de Jesús en todo, sirviéndole en su Persona mientras hizo falta, como en Belén y Nazaret. Después, con un heroísmo sin igual de Madre, manteniéndose firme al pie de la cruz. El Concilio lo expresó con unas palabras magníficas:

- *María, al aceptar el mensaje divino, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia del omnipotente.*

¿Sabemos captar toda la fuerza de estas afirmaciones?...

María va a ser *Sierva de Dios* con el *Siervo Jesús*.

La misión que Dios le confía, Ella la abraza sin dudar un momento, sin medirse para nada en su entrega. Se va a dar del todo.

Para ello, no encuentra ningún estorbo en su alma, pues sin el peso del pecado, la que es Inmaculada se dará con una generosidad única.

Unida estrechamente a Cristo —como la vemos en el Evangelio, especialmente junto a la cruz—, Dios va a aceptar el sacrificio de María, junto con el de Cristo, aunque subordinada totalmente a El, a favor de todos nosotros.

María, de este modo, es la Asociada a la redención obrada por Jesucristo, por lo cual, el mismo Redentor, desde la cruz, la declara Madre de todos los redimidos.

Para María, éste es un nuevo título lleno de gloria, es una gracia de Dios, que así ha querido glorificar —unida con Jesús paciente, el Siervo de Yavé—, a la que se ha declarado la *Sierva del Señor*.

Como siempre, Dios completa su obra, ya que Dios no deja nunca sus cosas a medio hacer. Ensalzado Jesucristo, el Siervo de Yavé, como Señor en lo más alto del Cielo, el Padre coloca junto al trono de su Hijo a su humilde Sierva, como premio a la obediencia que le prestó al someterse del todo a su voluntad.

Y aquí tenemos ahora a María, ensalzada en lo más encumbrado del Cielo y sirviendo a la Iglesia con una solicitud maternal que nos seduce. María nos atiende a todos en la consecución de la gracia, desde luego. Pero su solicitud la lleva hasta las cosas más menudas de la vida.

Jerónimo Emiliani es un soldado que cae prisionero y es encerrado en dura prisión. Resulta inútil intentar cualquier escapada. Sin esperanza ninguna en la tierra, acude al Cielo: *-¡Virgen María, ven Tú, Tú misma a soltarme estas cadenas!...* Y no se hace esperar la respuesta de la Virgen, que tiene a gala repetir el milagro de Pedro en los Hechos de los Apóstoles. Se le sueltan los grillos, caen de las manos las cadenas, se le abren las puertas, y se ve libre en las calles de su Venecia natal.

Los venecianos le piden siga en sus cargos militares. Pero Jerónimo se dice y les responde: *No, si así me ha servido a mí María, yo me pongo ahora en sus manos para servir a los niños más necesitados que no tienen a nadie que les atienda.* Y así es como nació la Congregación de los Somascos para el servicio de los niños huérfanos. Una verdadera caricia de María, que sigue siendo la *Sierva de los siervos de Dios...*

En la Misa de La Virgen, Sierva del Señor, una oración pone en nuestros labios estas palabras como consecuencia del ejemplo de María: Padre, haz que volviendo nuestra mirada a María, tu humilde Sierva, te sirvamos a ti con una total entrega y nos empeñemos incansablemente en la salvación del mundo.

Todos estamos empeñados en el servicio de Dios. Pero Dios nos dice: *¡Muy bien vuestras oraciones! ¡Muy bien vuestras alabanzas! ¡Muy bien vuestro amor a mí!.. Pero, ahí tenéis todo un mundo que salvar. El servicio a vuestros hermanos será la prueba de la autenticidad de vuestra sinceridad para conmigo.*

Nosotros miramos a la celestial Señora, y le decimos con palabras del mismo misal: A ti, Virgen María, que te llamaste Sierva del Señor, y ahora estás ensalzada sobre los coros de los ángeles, toda la Iglesia te aclamamos Reina del Cielo. Reina, porque serviste. Y servir, en el Evangelio, es reinar...